

Autor: Abilio Ayuso

EL ESCLAVO

Ilustrador Ronny Bravo



Es muy fácil darse cuenta de las injusticias cuando es uno mismo
quien las padece, pero muy difícil cuando se tiene el poder de cometerlas
amparado por la ley y sin que nadie pueda reprochárselo.

+12

En la década de 1800, en el sur de Estados Unidos, un esclavo negro era poco más que un objeto con el que su dueño podía hacer lo que se le antojara, si recibía un mínimo de medios de subsistencia era para que pudiera permanecer operativo el mayor tiempo posible.

Los dueños de las plantaciones les permitían reproducirse para tener nueva mano de obra fresca, de la misma forma que hoy criamos conejos o pollos.

José había nacido esclavo, sin conocer más que la pobreza, los golpes y el trabajo forzado, la diferencia era que, así como la mayoría de sus compañeros aceptaban su estatus como un designo de Dios, él se rebelaba contra lo que consideraba una completa injusticia, lo cual le valía raciones de palizas extras, que aunque doblegaban su cuerpo no quebrantaban su espíritu.

Lo que más le dolía, no eran los latigazos ni el trabajo agotador, sino el tener que contemplar como la bella negrita, a la que él amaba, era utilizada brutalmente como objeto sexual por cualquiera de los hombres blancos de la plantación.

Un aciago día no pudo contenerse y golpeó al capataz que la estaba violando detrás de unos matorrales.

Aquello le valió el mayor castigo que allí se imponía, ser abandonado en el fondo de un pozo seco para que muriera de hambre y sed.

Lo descolgaron cuidadosamente con una cuerda, no querían que se dañara al caer porque tal vez aquello acortaría el suplicio, deseaban que llegara al fondo con todas sus fuerzas para que tardara más en morir.

Allí quedó el desdichado clamando contra su desgracia entre los esqueletos de los que le habían precedido.

Al cabo de unas horas, dirigió su mirada al círculo de cielo que se veía en lo alto y gritó con todas sus fuerzas: “¡Dios!, yo te maldigo porque eres una mierda de Dios, y has creado una mierda de mundo, si existes te reto a que me digas que pecado he cometido yo para merecer este destino que me has adjudicado”.

Siguió durante toda la tarde blasfemando contra el creador: “¿Para esta basura de mundo ha hecho falta la mano de un ser omnipotente y poseedor de toda la sabiduría y justicia?, ja, ja, ja. Si me hubieras dado poder a mí, seguro que yo, que soy un pobre negro ignorante, lo hubiera hecho mucho mejor”.

Anocheecía ya, cuando José, sentado en el fondo del pozo aún clamaba: “¿Y con que me vas a castigar por haberte ofendido...?, ¿Con el infierno?, si ya he nacido en él, allí estaré como en mi casa. Aceptaré este castigo y cualquiera que me mandes sólo con que seas capaz de mostrarme que he hecho para merecer tanta crueldad”.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando el fondo del pozo se iluminó con un resplandor dorado que fue tomando forma hasta materializarse en una venerable figura humana compuesta de luz.

Al verla, nuestro hombre se puso en pie, más curioso que asustado, ya que pensaba que no podía estar en peor situación de la que se encontraba, así que en un alarde de irreverencia dijo dirigiéndose a la aparición: "Esto es interesante, parece que Dios sí que existe y ha aceptado mi reto".

Aquella figura le respondió con una voz grave y dulce a la vez, que se percibía a través de los oídos y la propia mente al mismo tiempo: "Que Dios se comunique contigo es tan imposible como que el mismo Sol vaya a visitar a un gusano dentro de su agujero".

"¿Entonces tú quién eres, uno de sus ángeles?"

"Yo soy alguien como tú, pero que ha vivido unas cuantas miles de vidas más, hasta no necesitar estar en este mundo que tanto detestas".

"Vale, así que Dios me manda un ayudante de tercera".

"Nadie me manda, he venido yo por propia voluntad, pero no te preocupes, porque lo que tú desees puedo proporcionártelo sobradamente".

"Así que don perfecto ha aceptado el reto de explicarme porque pecados me encuentro en esta situación, pues te va a ser difícil, ya que nací así, como no le mordiera un pezón a mi madre poco después de nacer".

"No hará falta que yo te lo diga, tú mismo lo verás".

Tal como había pronunciado aquellas últimas palabras apareció ante José un resumen cronológico de los hechos más importantes de su vida, comenzando por el puñetazo al capataz que le había mandado al fondo del pozo. Al verlo, el negro respondió de inmediato: "Eso no cuenta, se lo merecía".

"Estoy de acuerdo con ello".

Seguían las visiones hacia atrás en el tiempo, José estaba satisfecho porque llegaban ya a su infancia y solo mostraban agravios hacia su persona, cuando llegaron a la época de bebé no pudo por menos que decir: "¿Has visto que yo tenía razón?"

"No seas impaciente".

Se vio a sí mismo nacer y luego en el vientre de su madre, a partir de ahí solo un velo negro hasta que pudo contemplar la más lujosa de las habitaciones de la hacienda, que conocía por aquella vez en que con otros hombres fuertes tuvo que cambiar una viga del techo.

En la cama, rodeado de médicos, sacerdotes y familia, agonizaba un viejo que le recordaba levemente al retrato del cuadro que presidía el salón principal.

“¿Y ese viejo que pinta en mi vida?”.

“Ese viejo eres tú antes de morir y volver a reencarnar en lo que ahora eres por méritos propios, ¿No querías ver tus pecados?, pues ahora tendrás la ocasión”.

José quedó mudo de espanto. Mientras le habían mostrado sus penalidades actuales apenas había derramado alguna lágrima, solo cuando le mostraban los sufrimientos de sus padres o las vejaciones a su mujer, pero las escenas siguientes hicieron que fluyeran de sus ojos como de una fuente, toda su entereza se desmoronó porque se vio a sí mismo cometiendo con los pobres negros todas las atrocidades que tanto detestaba y soportando las explicaciones complementarias de aquel ser: “¿Ves esa muchacha que tienes atada en la cama a punto de violarla?, pues es tu abuela en la vida actual”.

“No por favor, no quiero ver más”.

“Tú lo has pedido cargado de soberbia, pues ahora deberás contemplarlo hasta el final, ¿Ves ese negro al que cuando eras joven mataste a latigazos?, pues era tu bisabuelo en esta vida, y no te quejes porque solo te mostraré los pecados de tu vida anterior, si vieras todo lo que hiciste con los esclavos cuando fuiste un patricio romano vomitarías de asco”.

“Dios mío, ¿Cómo pude hacer todo eso?”.

“Porque es muy fácil ver las injusticias cuando uno las padece, lo difícil es verlas cuando se tiene el poder absoluto de cometerlas sin que nadie pueda reprochárselo, ¿Crees que con solo una vida de dolor y esclavitud pagarás lo que hiciste a esa pobre gente en la anterior?”.

“Pienso que no, pero procuraré asumir mi culpa y dar por bueno todo el sufrimiento que me sea impuesto, aunque ya no tendré muchas ocasiones, apenas me quedan un par de días de vida en este pozo”.

“¿Quién sabe?, el destino a veces puede ser muy caprichoso”.

Dos días después regresó de un viaje el dueño de la hacienda, pasó revista junto con el jefe principal a todas sus posesiones, incluyendo a los esclavos. Hombre de buena memoria, finalmente preguntó: “¿Dónde está ese negro grandote y tozudo?”.

“¿Quien, José?”.

“Si, el mismo”.

“Lo bajamos al pozo para que muriera, tuvo la osadía de pegarle un puñetazo a uno de los capataces”.

“¿Le pegó así por las buenas?”.

“Dicen que le vio ventilándose a su mujer”.

“Ya lo entiendo, y vosotros decidisteis darle un escarmiento”.

“Por supuesto”.

“¡Que bien jugáis con mi dinero!, ¿Que haréis la próxima vez, matar a mi mejor caballo porque os de una coz?”.

“Fue más que nada por mantener el orden”.

“El orden lo tenía que haber mantenido el capataz desde un buen principio, y si tenía ganas de tirarse a una negrita que la hubiera llamado a su habitación por la noche en lugar de hacerlo delante de todo el mundo en horas de trabajo, quítale un mes de paga, y si ese negro muere le descontaré el precio de su sueldo, porque será tozudo y orgulloso pero trabaja como dos de los otros, además me cae bien porque es un tipo noble, cuando hacemos algo que no le gusta lo demuestra, no como otros que se arrastran como serpientes pero si pudieran te rebanarían el pescuezo”.

“Si señor lo haré como usted manda”.

“Pues no te quedes ahí pasmado, haz que lo saquen de inmediato, y rezar porque no haya muerto”.

Tal vez otro en su lugar habría fallecido de sed, pero José era fuerte y voluntarioso, orinaba en el interior de las calaveras que le acompañaban para beber posteriormente su propia orina, comió las cucarachas que pudo cazar y así pudo aguantar vivo.

Lo primero que hicieron fue darle de beber, luego una succulenta comida y dejarle sin trabajar durante dos días en su cabaña.

Pasado ese tiempo, el amo lo mandó llamar delante de todo el personal. Se le veía repuesto de la pasada agonía, el amo le dijo con voz potente: “Has sufrido el castigo que merecías por haber golpeado a un capataz, ahora pídele perdón y todo quedará olvidado”.

El primer jefe le susurró al oído: “No lo hará ni aunque le matemos a latigazos, es muy orgulloso”.

Pero ante el asombro de todos se arrodilló ante el capataz y dijo en tono humilde: “Pido mil perdones al capataz, solo soy una mierda de negro a su servicio y nunca debí rebelarme, juro por Dios que jamás volveré a cometer un acto semejante”.

Días después el hacendado comentaba con su director: “¿Te das cuenta lo bien que le han ido las vacaciones en el pozo?, el dinero que hemos perdido con los que hemos dejado morir allí, aunque hubieran cometido faltas más graves”.

“Si, la verdad es que parece otro, ahora es dócil como un corderito”.

“Bueno, entre tú y yo, reconozco que ahora es más útil, pero me gustaba más cuando actuaba con un par de cojones”.

José fue a partir de aquel entonces completamente sumiso, aceptando de buen grado vejaciones, golpes o trabajos penosos. Cuando sus compañeros le preguntaban cómo era posible que el pozo le hubiera cambiado de tal forma respondía: “Dios es sabio, y si me ha hecho nacer como esclavo... por algo será”.

De viejo llegó a ver la abolición de la esclavitud, pero eligió quedarse en aquella hacienda como si nada hubiera cambiado.

FIN...